(15-30 de agosto de 1959)

María Reina del mundo[1]

El día en que los hombres, pero no como individuos sino como pueblos; el día en que los pueblos sean capaces de posponerse a sí mismos, de posponer la idea que tienen de su patria, de sus reinos, y ofrecerlo todo como incienso al Señor, Rey de un reino que no es de este mundo, Jefe de los ejércitos, Guía de la historia, y esto lo hagan por ese amor mutuo entre los Estados, que Dios pide, lo mismo que pide el amor recíproco entre los hermanos; ese día será el comienzo de una nueva era, porque ese día, igual que se hace viva la presencia de Jesús entre dos que se aman en Cristo, se hará vivo y presente Jesús entre los pueblos, que le habrán puesto por fin en su verdadero lugar de único Rey, no sólo de los corazones, sino también de las naciones. Será Cristo Rey.

Los pueblos cristianos, o sus representantes, tendrían que saber inmolar su "yo colectivo". Éste es el precio. No se nos pide menos a cada uno de nosotros para la consumación de nuestros espíritus en unidad.

Éstos son tiempos –y las fuerzas de las tinieblas lo demuestran, confirmando así el Evangelio – en los que cada pueblo tiene que traspasar sus propios confines y mirar más lejos. Ha llegado el momento de amar la patria de los demás como la nuestra. Nuestros ojos tienen que adquirir una nueva pureza. No basta el desapego de nosotros mismos para ser cristianos. Hoy los tiempos exigen al seguidor de Cristo algo más: una conciencia social del Cristianismo, que edifique no sólo la propia tierra según la ley de Cristo, sino que ayude a edificar la tierra de los demás con la actitud universal de la Iglesia, con la mirada sobrenatural que nos ha dado Dios Padre, el cual desde el Cielo ve las cosas de un modo muy distinto del nuestro.

Es necesario vivir el Cuerpo místico de Cristo de manera tan excelente que podamos traducirlo en Cuerpo místico social.

La historia no está hecha más que de guerras, y nosotros de niños, en los pupitres de la escuela, puede decirse que aprendimos que las guerras son buenas y santas, que son como la salvaguardia de nuestra propia patria. Puede ser así, y algunas veces ha sido así.

Pero, si nosotros sentimos resonar en nuestro espíritu las llamadas de los Papas, como Pío XII, percibimos cuánto temieron la guerra para la humanidad y cómo descendieron, llamados o no, entre los gobernantes para tratar de aplacar las "iras" y los intereses, y para alejar la terrible desgracia de la guerra, con la cual todo se pierde, mientras que con la paz todo se gana.

Y esto porque la historia es una serie de luchas fratricidas entre pueblos hermanos, a los que el único Dueño del mundo les ha dado un trozo de tierra para cultivarla y para vivir en ella.

Él bendice la paz porque ha encarnado la paz.
Y Él puede gobernar en la tierra si está en paz.

Nosotros que vemos cómo el Señor está conquistando uno a uno los corazones de sus hijos de todas las naciones, de todas las lenguas, transformándolos en hijos del Amor, de la Alegría, de la Paz, de la Audacia, de la Fuerza; nosotros esperamos que el Señor tenga piedad de este mundo dividido y

[1] Esta fecha corresponde a la fecha de publicación en "Città Nuova", 15-16 (1959), pag. 1-2, de la cual ha sido copiado este texto. Es parte del tema *Maria Madre e Regina del mondo* de la Mariápolis de 1959, que se llevó a cabo durante el verano en Fiera di Primiero (ver cuadernillo *Temi Mariapoli 1959*).

desbandado, de estos pueblos encerrados en su propio cascarón contemplando la propia belleza – única para ellos – limitada y que no satisface, defendiendo con los dientes sus propios tesoros, incluso aquellos bienes que podrían servir para los demás pueblos en los que se muere de hambre; y haga caer las barreras y fluir ininterrumpidamente la caridad entre una tierra y otra, como un torrente de bienes espirituales y materiales. Esperamos que el Señor componga un orden nuevo en el mundo; Él, que es el único capaz de hacer de la humanidad una familia y de aprovechar esas diferencias entre los pueblos, para que en el esplendor de cada uno puesto al servicio de los demás, resplandezca la única luz de la vida que, embelleciendo la patria terrenal, hace de ella una antecámara de la Patria eterna.

Quizás todo lo que vamos diciendo pueda parecer un sueño.

Sin embargo – dando por hecho que si la relación entre los cristianos es el amor mutuo, la relación entre los pueblos cristianos no puede ser otra que el amor mutuo, por esa lógica del Evangelio que no cambia – hay un vínculo que ya une a los pueblos fuertemente y que la voz del pueblo, de cada pueblo, ha proclamado ya; esa voz del pueblo que tan a menudo es voz de Dios. Este vínculo escondido y custodiado en el corazón de cada nación es María.

¿Quién logrará disuadir a los brasileños de que María es la Reina de su tierra?

¿Y quién podrá negar a los portugueses que María es "Nuestra Señora de Fátima"?

¿O quién no reconocerá a los franceses la "Hermosa y pequeña Señora de Lourdes"?

¿Y a los polacos la Virgen de Czestochowa?

¿Y a los ingleses que su tierra es "feudo de María"? ¿Y quién podrá negar que María es la "Soberana de Italia" hoy, precisamente hoy, cuando en calidad de Reina parece visitar por nuestra península a sus súbditos, derramando gracias y casi disponiéndoles para su lucha, que es batalla de amor, para hacer digna nuestra península de su consagración al Corazón Inmaculado de María?

Cuántas veces los pueblos a lo largo de la historia se han refugiado junto a las fortalezas marianas, basílicas o santuarios, como para protegerse bajo el manto de la Madre, cuando pueblos hermanos combatían contra ellos.

Todos los pueblos cristianos la han proclamado ya su Reina, de ellos y de sus hijos.

Pero falta una cosa, y ésta no la puede hacer María, tenemos que ayudarla nosotros. Falta nuestra colaboración para que los pueblos católicos, como hermanos unidos, vayan a Ella y juntos la reconozcan como Madre y Reina.

Nosotros podemos coronarla como tal si, con nuestra conversión, con nuestras oraciones, con nuestra acción, quitamos el velo que todavía cubre su corona, la corona que el Papa le ofreció cuando, tiempo atrás, la proclamó Reina del mundo y del universo.

Tenemos que depositar a sus pies esa porción del mundo que está en nuestras manos.

Si hoy, entre pueblos incluso muy cristianos, hay confines que han sido casi anulados por leyes no cristianas, tal vez Dios lo haya permitido para que el camino de María en el mundo, en el futuro, esté menos obstaculizado y todo se convierta en "escabel de sus pies"; todo a los pies de la Reina más grande que Cielo y Tierra conozcan: Reina de los hombres, Reina de los santos, Reina de los ángeles; porque, cuando estuvo en la Tierra, supo inmolarse totalmente a sí misma, como Sierva del Señor, enseñando así a sus hijos el camino de la unidad, del abrazo universal de los hombres, para que sea en la Tierra como en el Cielo.

***[2]

[2] Los tres asteriscos indicano que la autora Chiara.